

Masculinidades agresivas como bisagra de las violencias en Colombia

Leviatán y sus lobos. Violencia y poder en una comunidad de los Andes colombianos

SANTIAGO ÁLVAREZ

Ediciones Universidad Santo Tomás, Bogotá, 2013, 319 págs.

ESTE LIBRO de Santiago Álvarez es ejemplo de un texto etnográfico basado en una inmersión de largo aliento en una comunidad al pie del páramo de Sumapaz. Como antropóloga, me satisface saber que aún se hacen etnografías de tipo monográfico, pero con interesantes conexiones entre esferas micro y otras más amplias relacionadas, a su vez, con el narcotráfico o con las dinámicas de un país en el cual las guerrillas han actuado por más de medio siglo. En el prólogo, Maurice Bloch, quien dirigió la tesis en la que se fundamenta la publicación—enmarcada en una institución como London School of Economics, detentora de toda la tradición académica de la Antropología social británica—, define con sensibilidad y simplicidad la labor de un etnógrafo, y del propio Álvarez como un gran etnógrafo: un transformador de experiencias personales en pro de la comprensión de las motivaciones de aquellos que, por la constancia de la cotidianidad y por la intensidad de las vivencias, se convierten en seres próximos, como amigos o familiares, al menos por determinado tiempo.

El trabajo monográfico tiene la virtud, como los clásicos antropológicos—a pesar de sus bastidores colonialistas— de suscitar en “otros”, en nuevas generaciones de antropólogos y antropólogas, por ejemplo, la inquietud de poner la capacidad humana al servicio de un intenso conocimiento de mundos sociales que permitirán observar en perspectiva el propio, o aquellos universos sociales que se aprehenden mediante el trabajo de colegas dispersos por el mundo. Su trabajo está al servicio de ampliar perspectivas y puntos de vista, y eso ocurre en el caso

de Álvarez, quien siendo argentino llega a la médula, a la fuente de las diversas violencias en Colombia: los imperativos jerárquicos que moldean la construcción de masculinidades agresivas. Lo hace con profundidad analítica, con sensibilidad etnográfica y con el humor de los absurdos que nos hace enfrentar el cotidiano en campo. Este es el caso de la toma de conciencia de los efectos nefastos, sobre todo para la escritura, de la participación en la toma de alcohol, actividad central para la reproducción de ciertas masculinidades en el contexto estudiado.

El trabajo de campo fue realizado entre 1994 y 1996 en un pueblo denominado por el autor Nόμεque (nombre ficticio de un lugar real). La primera edición del libro data de 2004 y con la presente edición, un decenio después, su lectura sigue vigente y no solo como un manual de etnografía para aprendices, sino como una interpretación válida para entender ciclos de reproducción de la violencia, anclados en sistemas de valores que, a simple vista, podríamos denominar campesinos. Su interpretación trasciende el carácter sincrónico de la etnografía, de esa fotografía que retrata, principalmente, el periodo de inmersión del investigador o investigadora. Su interpretación es válida y universal: la de principios jerárquicos de organización social en contienda con principios igualitarios, todo ello transferido a las construcciones de género de los sujetos.

En parte por la universalidad de tal interpretación, y por el esfuerzo descriptivo, es un texto que puede tornarse clásico. Además, dialoga con textos monográficos igualmente clásicos. Al empeñarse en desentrañar especificidades de lo andino y de lo mestizo dialoga con Reichel-Dolmatoff y Dussán mediante un texto reconsiderado en los últimos tiempos, *The People of Aritama*, y lo hace con Fals Borda, también gracias a una monografía que analiza elementos de lo andino y de lo mestizo, enfocada en dinámicas de la vereda Saucío, en Chocontá (Cundinamarca). Ya respecto a lo campesino, sus referencias incluyen autores infaltables como Eric Wolf y Henrietta Moore.

Gracias a la detallada descripción de Nόμεque, Álvarez logra el cometido de hacer que el lector se sienta en

el lugar. Describe con detalle espacios, temporalidades, ritmos, personas y agentes. Reproduce, en un texto etnográfico, conflictos a partir de una clara caracterización de las relaciones que vinculan sujetos, personas y agentes, dependiendo de sus posicionamientos. Se destacan los magníficos relatos de los ciclos de venganza y la fuerza interpretativa que se desprende de la descripción de los funerales, fundamental para darle cuerpo al argumento central que vincula violencias, imperativos jerárquicos y masculinidad. Los funerales son, según el autor, el evento social más importante en esa región—y me atrevería a decir que en el mundo andino mestizo— y analiza la escala de valoración social que va desde el funeral del hombre joven muerto violentamente, convertido en héroe, hasta el de la mujer suicida, la muerte más desprestigiada.

La obra suscita varias preguntas e inquietudes con respecto a la información etnográfica y a cuestiones conceptuales. Se detallan algunas con el deseo de establecer un diálogo con el autor. Por ejemplo, las nociones campesino y pobreza no fueron suficientemente problematizadas, y a veces se da por sentado que están fusionadas. Ese vínculo debe desmenuzarse. De hecho, es un tema de investigación que pasa inadvertido porque se asume que ese par es indisoluble. ¿Por qué? ¿Cuál es la trayectoria histórica de tal asociación? De otra parte, el autor afirma que hubo una autoidentificación masiva con la categoría campesino por parte de las personas que participaron en su investigación. No obstante, la pregunta que el investigador realizó no fue destacada en el texto, lo cual podría permitir comprender algunas trayectorias de dicha identificación.

Algo similar ocurre con las categorías analíticas “patronazgo” y “madrazgo”, no siempre marcadas con ese carácter en la obra. Estos tipos construidos por el autor reúnen observaciones acerca de la organización social, diversas prácticas e, inclusive, estrategias de resistencia. Esto va quedando más claro hacia los capítulos finales porque en los primeros hay cierta confusión entre el modelo del antropólogo y los propios modelos nativos. Ya respecto al “patronazgo” y “madrazgo”, su riqueza radica en que

pueden ser considerados principios de organización y sistemas ideológicos –jerárquicos e igualitarios– compuestos por valores e ideas. Cada uno de estos paquetes conceptuales implica posiciones teóricas diferentes, pero lo interesante es que hablan de asuntos estructurales de la reproducción social y detentan un carácter universal que es ideal para el ejercicio de comparación.

El “patronazgo”, según el autor, se refiere a representaciones de la masculinidad relacionadas con lo político y a masculinidades agresivas y letales cuando se frustra el deseo jerárquico. El “madrazgo”, por su parte, consiste en un conjunto de valores de resistencia y valores basados en la matrifocalidad. El asunto es que hay una dicotomía radical que atribuye a la matrifocalidad categorías como igualdad y pobreza. En ese sentido, la igualdad aparece como un principio femenino impulsado por la solidaridad, rasgo también catalogado como femenino. Esa clasificación tajante es particularizada a medida que se exponen los casos etnográficos, pero incomoda que se den por sentado ciertas asociaciones. Por otro lado, el autor menciona que la masculinidad agresiva crea jerarquías en vista de la no vigencia de diferenciaciones étnicas. Este sería un dilema del mundo mestizo andino, en mis palabras. Es una idea muy interesante, pero faltó una mayor elaboración y no solo a la luz de la exégesis del mito de Zoratama. Respecto al asunto del reconocimiento, el autor menciona que el ideal hegemónico de masculinidad es “actualmente” engendrado por los narcos; sin embargo, no explicita las prácticas locales que se traducen en el reconocimiento consuetudinario de tal preeminencia social.

Queda otro interrogante: ¿A qué se refiere Álvarez con una “reforma agraria exitosa”? Me hubiera gustado una mayor descripción sobre la relación entre los valores del régimen de hacienda sobrevivientes y los valores en vía de extinción del movimiento campesino de la primera mitad del siglo XX, a propósito de la muerte de algunos de sus patriarcas, presenciada por el propio Álvarez. Como lectora, y esta no es una exigencia para el autor, el texto me dejó con el interés de saber

más sobre la relación entre tierras altas y bajas para, de ese modo, matizar la idea de que las primeras son los dominios de la guerrilla, epicentro de un proyecto igualitario, y las tierras bajas son el reino de la propiedad privada de los narcos. Siguiendo el argumento del libro, la masculinidad violenta respaldaría un proyecto personal mientras que en el caso de la guerrilla, la violencia estaría dando soporte a un proyecto colectivista. Es claro que este panorama cambió con la llegada de los grupos paramilitares, periodo no cubierto por la investigación en cuestión, pero el foco en tales dinámicas me parece imprescindible.

El libro indica múltiples caminos de investigación y posibles temas de indagación. Destaco algunos que me parecen de la mayor importancia. El individualismo campesino del mundo andino, característica mencionada a lo largo del texto por Álvarez, es un asunto fundamental para comprender, por ejemplo, la dispersión de los movimientos campesinos en los últimos decenios. En el marco de la explicación del “madrazgo”, el autor analiza que hay una alianza entre un mundo dominado por mujeres y una salida para hombres frustrados. Las trayectorias de esos hombres es un terreno totalmente inexplorado por las Ciencias Sociales en América Latina; debería ser revisado para entender relaciones de género de una forma más integrada. De la misma manera, una etnografía entre los abstemios protestantes, en un lugar donde la masculinidad se afianza con alcohol, me resulta un asunto fascinante para ratificar las posibilidades de la Antropología a la hora de estudiar sistemas de valores, es decir, las motivaciones más profundas de los sujetos en sociedad. Ese es, justamente, el frondoso árbol que da sombra al trabajo de Santiago Álvarez.

Silvia Monroy Álvarez